

LA VIOLENCIA URBANA

Carlos Monsiváis*

¿QUÉ ES la violencia urbana? La respuesta clásica sería: si no lo sabes no tiene caso que lo preguntes; aunque se puede también intentar una definición, aludiendo a los conflictos, las tragedias, las situaciones crónicas, las repercusiones en la conducta propiciados por el estallido perpetuo — económico, social y demográfico — de las ciudades, y la imposibilidad de un control fundado en la aplicación estricta de la ley. Para entrar en tema escojo como paradigma de violencia urbana a la ciudad de México, no sólo por chovinismo apocalíptico, sino por su expansión incesante ciertamente anunciadora del porvenir cercano, en un siglo XXI poblado de megalópolis. Entre los elementos constantes de la violencia urbana localizo los siguientes, sin jerarquía alguna:

— El vínculo cotidiano con las representaciones de la violencia en los medios electrónicos, que conduce a debates interminables sobre la sobre-exposición de los niños a simulacros de la crueldad y la barbarie, o informaciones detalladas.

— Los alcances de la delincuencia, propiciados por la descomposición de los cuerpos policíacos, los desastres de la economía popular, y la confianza en la impunidad surgida de un conocimiento: más del ochenta por ciento de los delitos cometidos en la capital jamás reciben castigo.

— Los productos de las presiones de la ciudad, los casos psicopatológicos, por fortuna todavía restringidos.

— La violación de los derechos humanos a cargo, fundamentalmente, de la policía y de un poder judicial cuya corrupción alcanza niveles orgánicos.

— Las tensiones y agravios padecidos por las personas, que se resuelven dramáticamente en el seno de las familias. Tales desahogos o golpes de autoritarismo, que con frecuencia desembo-

* Escritor, cronista de la ciudad y colaborador de *Proceso* y *La Jornada*.

can en el asesinato o la violación, se amparan en los derechos que el tradicionalismo le concede a los padres de familia, y se potencian por las sensaciones de anomia. Lo más fácil, y muy probablemente lo más efectivo, es culpar de la violencia familiar a la condición humana, que desde Caín y Abel atiende las soluciones de exterminio, pero eso menosprecia los poderes desquiciantes de las urbes, con su pérdida obligada del sentimiento comunitario. Una filicida célebre, Elvira Luz Cruz, mató a sus cuatro hijos e intentó suicidarse acto seguido. Los vecinos lo impidieron, pero los vecinos mismos nada hicieron por ayudarla en su desesperación y abandono. Debilitada por la subalimentación y la ignorancia, apresada por la dependencia extrema y el abandono, incapacitada para darle de comer a sus hijos, Elvira Luz Cruz optó por la extinción.

Con lo anterior, no le adjudico una causa definible y repetitiva a los incontables casos de violencia familiar. Sólo apunto la influencia del medio urbano que, salvo en circunstancias extremas, ha ido cancelando los dispositivos de solidaridad en favor del egoísmo de la sobrevivencia. En este caso "cada quien para su santo" significa tan sólo: "Si es tan poco lo que puedo hacer por mí y por los míos. ¿cómo podré hacer algo por los demás?" Esto sin olvidar otro hecho significativo: pese a la disolución evidente del impulso comunitario, la reacción más sistemática contra la violencia familiar se da tratándose de niños. Es constante la denuncia de los vecinos contra el maltrato o el hostigamiento sexual a niños. Un caso no tan infrecuente como parece, el del hombre que hurtó a su mujer y a sus hijos del conocimiento del mundo (*El castillo de la pureza*), se califica ya de monstruosidad límite.

Como extensión de la moral del hacendado, uno de los ejes de la violencia urbana es la deshumanización de las víctimas, la cancelación de sus derechos corporales. Nada que no ocurra en el universo agrario y que en las urbes se multiplica al cobijo del anonimato. El violador cree de paso satisfacer a la víctima, el policía judicial está convencido de la falta de derechos (la falta de existencia ciudadana) del torturado, el asaltante que golpea e insulta al asaltado está seguro de que alguien incapaz de protegerse sólo merece oprobio. ¿Por qué él tiene y yo no, o por qué él no sabe eximirse de asaltos?

En última instancia, lo plenamente urbano de esta violencia es su posibilidad muy concreta de disolverse en el gentío. ¿Quién identificará con certeza al violador o al asaltante si no se le detiene en el acto, qué previsiones existen contra el delito en una sociedad de masas, quién no cree poder ocultarse tras el anonimato de millones de personas?

La pobreza como explicación específica de una zona de la violencia urbana. No creo en el determinismo, y así como no acepto la afirmación reiterada de Carlos Salinas ("En la pobreza no hay democracia"), también estoy convencido de que en la pobreza hay y puede haber vida cultural, y que la carencia de recursos económicos no elimina ni mucho menos los recursos espirituales y morales. Sin embargo, la condición desesperada de las clases populares es gran caldo de cultivo de la violencia. Si la burguesía y la clase política hacen uso de la violencia como prerrogativa y extensión casi natural de sus privilegios, en las clases populares cuentan mucho el atraso, lo incipiente de la cultura de los derechos humanos, el sentimiento de represalia contra un orden injusto, la necesidad de establecer su personalidad pese a las evidencias en contra. (El padre de familia que no consigue trabajo, explotado, cansado, hartado, trata con saña a su mujer y a sus hijos con tal de existir ante sí mismo, en una táctica bárbara pero probada históricamente.) Y la violencia popular, engendrada en la pobreza, se acerca por momentos a la violencia del Estado. En la madrugada del 28 de abril de 1997, en La Purificación Tepetitla, Texcoco, integrantes de la guardia de vecinos sorprenden a cuatro personas despojando de sus llantas a un vehículo Dart K guayín modelo 1985. Se detiene a Fidel Marco Patiño, de cuarenta y cinco años, y a Eduardo Mojica Villa, de cincuenta y dos años, y se les lleva a la plaza principal del pueblo. Las campanas de la iglesia alertan a la comunidad, trescientos de cuyos integrantes asisten al interrogatorio de los detenidos, exigiéndoles el nombre de sus cómplices. Se vendaron a los detenidos y se les ata de pies y manos, golpeándoles con furia. Se convoca a las autoridades, y como no acuden, al amanecer les colocan a los delincuentes sogas en el cuello y se prepara la ejecución. En ese momento se presentan el presidente municipal, Federico de la Vega Murillo, con el director de la policía local, Antonio Morat, a negociar la entrega de los detenidos. Llegan luego la agente del Ministerio Público y

el delegado de Averiguaciones Previas. Al final la turba entrega a los ladrones de llantas, y son hospitalizados de inmediato. Fidel Marcos Patino sufre estallamiento de vísceras, fractura de mandíbulas y la pérdida de varios dientes, y Mojica Villa tiene fracturas de cráneo y lesiones diversas.

Insisto: para todo efecto práctico Texcoco es urbano. Está electrificado, conurbado a la ciudad de México y enlazado en su tiempo libre por la televisión, la radio, los videocasetes, los sistemas informativos y educativos de la megalópolis. Y el delito cometido no ameritaba ni con mucho la explosión de rabia. Como se quiera ver, un robo de llantas no es asesinato o violación. Por eso, y no obstante sus similitudes con numerosos hechos de esta índole en regiones indígenas y campesinas, la violencia en Texcoco es plenamente urbana. Los linchadores no se inmutan ante la presencia de fotógrafos, se atienen a la gran valía de un automóvil, la propiedad más entrañable después de la casa, creen a su bárbara manera que el linchamiento es una de las prerrogativas de la sociedad civil, y ven en el crimen por razón del despojo a una nueva exigencia urbana. Esto sucede en Texcoco, pero hace seis meses ocurrió algo similar en el Centro Histórico, en la calle de San Ildefonso y aledañas. Un automovilista atropella sin mayores consecuencias a un niño de cuatro años de edad. La multitud reunida en un instante quiso linchar al conductor, acudió la policía a protegerlo, y se dispusieron a linchar a los policías que se salvaron luego de una presencia muy fuerte del cuerpo policiaco.

Lo anterior, parte del complicado paisaje de la violencia urbana, intensificado año con año en el aumento de índices delictivos, de hechos de violencia familiar, de enfrentamientos entre la policía y los ciudadanos (en su versión, por ejemplo, de vendedores ambulantes), de riñas de tránsito, de atmósferas tensas. Todo desemboca en visiones de la distopía, la utopía negativa, donde la violencia urbana, prefigurada míticamente por Los Ángeles de *Blade Runner*, con su lluvia ácida y su imaginería de la multiplicación de conductas que los replicantes emblematisan, es la señal distintiva de las atmósferas inescapables. Megalópolis es ya sinónimo de violencia, de las formas de la decadencia que impone toda vasta concentración humana, sobre todo en un orden económico donde el trabajo, sustituido por la automatización, tiende a

disminuir, mientras la violencia se acrecienta, al ritmo del relativismo ético, o de la posmoral pregonada por varios analistas. Por desgracia, dadas las condiciones actuales, es fácil, sin ánimo catastrofista, predecir el incremento de la violencia urbana, ya lenguaje inseparable en ciudades donde la justicia es la mezcla de aplazamientos, impunidades y distribución siempre inequitativa de la ley, y en donde los servicios se encarecen y disminuyen sin remedio.

También, y esto es determinante, la violencia se interioriza en cada uno de los habitantes de la urbe, no tanto como las ganas de ajustarle cuentas a la realidad a través de explosiones de furia, sino como la espera de lo inminente, la resignación ante la carga de hechos injustos e irreparables que la ciudad impone. Esto no es desde luego únicamente psicológico. Todo el tiempo, en la medida de sus posibilidades y de sus posesiones, cada uno de nosotros aguarda la llegada de la violencia, en el esperando a Godot de las múltiples cerraduras en las puertas, de los dispositivos de seguridad en los automóviles, de los seguros sin los cuales no se transita, de las armas en la casa, de la proliferación de las compañías de seguridad, de los *gadgets* innumerables de protección personal, del simple miedo físico a lo que ocultan los grupos o los individuos con los que uno se tropieza a partir de ciertas horas. Las cargas de adrenalina como homenaje a la ubicuidad de la violencia urbana.

En el París del siglo XIX, distinguía Walter Benjamin al *flanneur*, al que tomaba la calle como su morada, con esas cuatro paredes de la curiosidad y la vitalidad. En la megalópolis de fines del siglo XX al *flanneur* lo sustituye como ocupante de las calles la Víctima en Potencia, que hace de la desconfianza su instrumento del conocimiento y del recelo su bitácora. La violencia nos desaloja de las calles, nos encierra doblemente en nuestras casas, multiplica, en el caso de los ricos, las precauciones y los guardaespaldas (los guaruras, esos ángeles de la guarda de las previsiones sombrías), modifica la intuición hasta volverla depósito de miedos ancestrales, se aterra ante la propia sombra porque no se sabe si el inconsciente va armado y, por último, nos convence de que la ciudad, en el sentido de sensaciones de libertad, es progresivamente de los Otros y es cada vez más el Otro y lo Otro, aquello que dejó de pertenecernos cuando aceptamos que la violencia es

por lo pronto indetenible, sabiendo en el fondo que este *por lo pronto*, dadas las características de la urbe, es a largo plazo.

En materia de violencia urbana sólo tiene conclusiones optimistas quien piense dormir con la puerta abierta.